

Nuevo catecismo para indios remisos

Carlos Monsiváis

En 1982 salió de las prensas de la editorial Siglo XXI, entonces aún bajo la guía espiritual a la vez seria y jocosa de Arnaldo Orfila Reynal, una pequeña antología de 40 ficciones satíricas, nunca exenta de cierto mensaje moral al modo de las fábulas dieciochescas, ubicadas cronológicamente en el periodo colonial. Considerado como el único libro de ficción producido por el cronista de la vida mexicana de la segunda mitad del siglo xx por excelencia, la colección iba, en esta primera edición, acompañada por un grabado de Francisco Toledo como imagen de portada y algunas reproducciones en blanco y negro de *Un catecismo náhuatl en imágenes* (edición de Miguel León-Portilla, México, Cartón y papel de México, 1979) y *Un catecismo del siglo xvi* (edición de Zita Basich de Canessi, México: INAH, 1963) ubicadas al inicio de cada fábula, como capitulares en manuscritos medievales.

Diez años después, en 1992, año marcado por las celebraciones de los 500 años de la “invención” de América, apareció bajo el sello de Conaculta (Colección Letras Mexicanas) una nueva edición, en la que a las 40 fábulas originales se añadieron 10. Y en 1996, la editorial ERA, en la que Carlos Monsiváis publicó una parte importante de su obra cronística, adoptó el *Nuevo catecismo para indios remisos*, dándole cauce en una edición diseñada por Vicente Rojo que presenta las 50 fábulas con nueve grabados de originales de Francisco Toledo, que lucen muy bien gracias al tamaño carta que permitió una presentación muy airada de los textos y el lucimiento con todo detalle de las ilustraciones del artista oaxaqueño. Sería reeditada con muy pocos cambios (sobre todo en la ilustración de portada y la elección de una paleta de colores menos encendidos) en 2001, a partir de la cual ya se cuentan varias ediciones

(incluyendo la edición de Lom Ediciones y ERA, publicada en Santiago de Chile en 2001).

En diversos registros, Carlos Monsiváis da cuenta de los infortunios de aquellos frailes que, llegados a tierra de indios, se vieron permanentemente obligados a confrontar su fe con las creencias indígenas, escribiendo con sus experiencias este nuevo catecismo. Vistos con una bonhomía no exenta de cierto tono paródicos por su autor, estos catequistas ingenuos presentan una revisión posmoderna de la vida cultural y religiosa colonial y ofrecen a los lectores contemporáneos un acercamiento fresco y ágil a una época a menudo considerada pesada y compleja, partiendo de su propia experiencia y devenir. Cabe destacar que las fábulas nuevas que se añadieron en la edición de ERA, preparada por Vicente Rojo, se proyectan hacia el presente y ofrecen una mirada excéntrica de la picaresca urbana irredimible.

Considerado por Sergio Pitol como “libro excéntrico entre los excéntricos”, pero también “uno de los más perfectos con los que cuenta la literatura mexicana”, el *Nuevo catecismo para indios remisos* no podía dejar de aparecer en nuestra bibliografía mínima, y menos si tomamos en cuenta la perfecta construcción cuentística de su fábula más señera: “El hechicero del emperador”, que transcribimos a continuación.

En esta ucronía de la conquista (reconstrucción histórica construida lógicamente que se basa en hechos posibles pero que no ha sucedido realmente), el hechicero del emperador, consciente del miedo de Moctezuma a hacer enojar a los dioses y, por lo tanto, haciendo gala de una conducta pusilánime al recibir a los españoles, caracterizados por su mal olor, decide ayudar al emperador, a punto de ser aprehendido, a deshacerse de los conquistadores, desapareciéndolos mediante un encantamiento. Pero el último párrafo del relato, escrito en primera persona, da cuenta de la falta de crédito que tiene esta narración del acontecimiento, duplicado por la situación lingüística y gráfica de su autor, que escribe en la lengua de los conquistadores.

“El hechicero del emperador”

Tan no soy cobarde que me atrevo a contemplar mi grandeza. Si no el Dador de la Vida, sí soy un ser perfecto, atabal de jades, lujosa muestra de mi raza y mi oficio, el único hechicero que defrauda el golpe de las hachas nocturnas y el canto de los tecolotes, volviendo buenos los augurios malos. Cuando me irrito tiembla la gente, tiritan, se estremece, se perturba su corazón.

Es ya historia y no ofende a mi modestia. Hubo en la casa de Moctezuma quien no se amedrentó con los forasteros, quien en su corazón forjó cantos de guerra. Sólo yo desprecié sus gestos de codicia y reí ante el temblor de ancianos y mujeres. Fui valiente no por adivinar el porvenir, sino por el disgusto ante sus movimientos con estrépito y sus hedores sin misericordia.

Sin el espanto real, la indecencia de los extraños hubiese merecido de inmediato las espinosas flechas y los dardos. Pero Moctezuma, aliado de su destino, quiso evitar la ira de los “dioses”... ¡Los dioses! ¡O tamboril de tigres! ¡Cómo calan las supersticiones en hombres cuyo poder es el poder mismo! ¡Cómo se vuelve pagano quien ya no adora a Tonantzin!

Me propuse alejarme, no por miedo ni por imaginar que partiría como las flores que perecieron, sino por ese tufo sin resquicios. Pero mi intrepidez y mi amor a la nación mexicana me mantuvieron junto al confuso monarca, dudoso en si esconderse en el lugar de los muertos, en la Casa del Sol o en la Casa de Cintli, la diosa del maíz.

A la hora en que Cortés y su vindicativa pestilencia decidieron aprehender a Moctezuma, yo dormitaba.

El emperador mismo fue a despertarme:

—Haz que se vayan, evapóralos -murmuró el infeliz.

Pensé en abandonarlo y sonreí, anticipando su palidez de sombra. Mas la memoria de hechiceros y guerreros antiguos dominó a mi ironía y pronuncié el encantamiento. El águila gritó, el jaguar dio gemidos, y los bárbaros dejaron de ser, como arrastrados por el río sin regreso. De su paso por estas tierras, sólo dejaron huella en el olfato.

Desde entonces el emperador no se atreve a sostenerme la mirada. Por desgracia, quienes, por rencores teológicos y mágicos, viven para afrentarme, alegan que esto que digo es falso y que mi incompetencia provocó la caída de Moctezuma. En el colmo, afirman neciamente que perdí la razón, que soy un renegado y que escribo estas líneas en el aborrecible idioma de los conquistadores.

Laurette Godinas

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México